

Las huellas de la lucha contra el terrorismo de estado en los piquetes del conurbano bonaerense (1986-2001)

CECILIA CROSS*

Resumen

En este artículo analizamos las huellas de las luchas sociales contra la Dictadura Cívico Militar (1976-1983) en la constitución y movilización de la Red de Barrios de La Matanza a fines de los años noventa y comienzo del 2000. El análisis realizado muestra que en las narraciones colectivas acerca de estos procesos se construyen en continuidad con experiencias antecedentes, como las tomas de tierra, y contemporáneas, como los piquetes de los pueblos petroleros, que permiten la expresión de sectores tradicionalmente excluidos de la representación sindical y de la interlocución con el Estado. El corpus de datos de este artículo consta de documentos, entrevistas en profundidad, crónicas en diarios de circulación nacional y registros de campo recogidos en el período 1999-2008.

Palabras clave: huellas, memoria, piquetes, tomas de tierra, La Matanza

Recepción: 30-08-2020

Aceptación: 11-03-2021

Traces of social mobilization against last Argentinean dictatorship in the social struggles of the late nineties in La Matanza (1986-2001)

Abstract

In this article we analyze the traces of the social struggles against the Military Civic Dictatorship (1976-1983) in the constitution and mobilization of the "Red de Barrios de La Matanza" in late 1990s and early 2000s. The main output is that the collective narrations about these processes are presented as continuity with antecedent experiences, such as the land squatting, and contemporary experiences, such as the pickets of former oil workers in Patagonia and the North of the country. This process, permits to these social actors, normally excluded of union representation and government interlocution, to express themselves as part of labor class. The corpus in this article consists of documents, in-depth interviews, chronicles in national newspapers and field records collected in the period 1999-2008.

Key Words: traces, memory, pickets, La Matanza

En este artículo analizamos las huellas de las luchas sociales contra la dictadura cívico militar (1976-1983) en los procesos de organización popular contra el régimen neoliberal de comienzos de los 2000. En particular, nos centramos en el modelo comunitario que permitió la politización las demandas de vivienda y trabajo en La Matanza.

A lo largo de la historia, la movilización popular produjo luchas sociales; hechos fundantes que aceleraron o ralentizaron procesos de cambio estructural e impulsaron la defensa o posicionamiento de derechos y la consolidación, derrumbe o constitución de las instituciones que regulan la vida en común. La movilización piquetera de fines de la década de 1990 y comienzos de la de 2000 ha constituido uno de esos eventos. Sus modalidades características, el lenguaje utilizado en la formulación de las demandas y hasta el modo en que articuló el desempleo como eje de movilización, tiene huellas, no solo de la última dictadura (1976-1983), sino de los repertorios de la resistencia popular frente al terrorismo de estado.

Entiendo que estas huellas, más que vínculos materiales entre procesos (que los hay), son expresión de una "metabolización poética" que permitió articular experiencias y encauzar la potencia deseante y utópica de la movilización popular. A partir de la lectura thompsoniana de Blake, considero que abordar la "centralidad de los flujos deseantes" en estos procesos invita a abandonar "nociones estructuralistas y deterministas de la acción social" (del Valle Alcalá, 2013).

El corpus de datos de este artículo, construido entre 1999 y 2008, consta de documentos, entrevistas en profundidad, crónicas en diarios de circulación nacional y registros de campo. En lo que sigue, presento el problema de investigación que aborda este artículo. A continuación, analizo las distintas etapas de constitución del modelo comunitario de las organizaciones territoriales, para luego ofrecer algunas claves interpretativas en torno a la memoria como *poiesis* y sustrato de las luchas sociales.

Luchas sociales, memoria y compromiso: acerca del enfoque de este trabajo

En 1981 tuvo lugar un proceso de toma de tierras en San Francisco Solano, en el sur del conurbano bonaerense, que dio lugar a la formación de seis asentamientos: El Tala, Santa Rosa, Santa Lucía, La Paz, San Martín, y Monte de los Curas. Este proceso fue auspiciado por Comunidades Eclesiales de Base (CEB) del Obispado de Quilmes. También, recibieron apoyo del Servicio de Paz y Justicia (Serpaj), la CGT de Quilmes y de abogados/as que patrocinaron a las familias asentadas (Nardin, 2019). Esta modalidad, considerada novedosa en la época (Jelin, 1985¹), adquirió carácter "fundacional", especialmente en lo que respecta a su matriz organizativa, luego replicada en otras ocupaciones de mediados de los años ochenta (Merklen, 1991; Nardin, 2018).

* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Rectora de la Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (UMET). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Centro de Innovación de los Trabajadores (CITRA, UMET-CONICET). Profesora Asociada Regular del Instituto de Ingeniería y Agronomía de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Correo electrónico crosscecilia@gmail.com

¹ Otras interpretaciones señalan que estas expresiones no constituyen un "fenómeno novedoso" en la historia argentina. Las "protestas sociales de contenido de clase también heterogéneo" fueron muy "abundantes durante el lapso transcurrido entre 1969 y 1972, bajo el gobierno dictatorial de la autodenominada 'Revolución Argentina' (1966-1973) (Andújar, 2007, p.154).

Los primeros estudios sobre acción colectiva en la transición democrática colocaron a estas tomas en continuidad con otras expresiones de resistencia frente a la dictadura, como las luchas vecinales, el rock nacional y la actuación de los organismos de derechos humanos. Desde el enfoque de los “Nuevos Movimientos Sociales”, dichos estudios sostuvieron que estos grupos mostraban el descentramiento de la clase como motor de la lucha social (Jelin, 1985; Fernández, 1991; Merklen, 1991).

En cuanto a su productividad política, sostenían que, luego de una etapa breve de entusiasmo y esperanza, había comenzado otra caracterizada, por un lado, por “la rearticulación y fortalecimiento de los tradicionales actores corporativos” — sindicatos, partidos—, y, por otro, por “la fragmentación y fractura de la acción colectiva popular”. Así, pensaron la acción contenciosa como episodios que tenían lugar cuando ciertas poblaciones llegaban “al límite de la capacidad de sobrevivir”, en un contexto de “apatía y retraimiento” y “un encierro en espacios privados” (Jelin, 1991, p. 280).

Sin embargo, a partir de 1993, se comenzaron a suceder diversas manifestaciones conocidas como “puebladas”, casi siempre vinculadas con los efectos de las privatizaciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), que solían movilizar por varios días a pueblos enteros. Entre estas, se destacó la protesta que tuvo lugar entre los días 20 y el 26 de junio de 1996 en Cutral Có y Plaza Huinul. Las barricadas en las rutas 22 y 17 —y en varios caminos alternativos— se sostuvieron hasta que el gobierno provincial se avino a recibir un petitorio con demandas heterogéneas. Se incluían cuestiones tales como: la reconexión de servicios cortados por falta de pago, la entrega de alimentos, la habilitación de centros de salud regionales, la generación de puestos de trabajo, la construcción de una planta de tratamiento de residuos sólidos urbanos, mayor control sobre las explotaciones petroleras, créditos blandos para comercios y empresas pequeñas y medianas (Pymes) de la zona y la garantía de que los/as manifestantes no sufrirían represalias por parte del gobierno. En los cortes participaron docentes, cuentapropistas, titulares de Pymes, amas de casa, jóvenes y personas sin trabajo que se definían por carecer de “vinculaciones políticas” (Andújar, 2005). Un aspecto curioso de estas jornadas fue el hecho de que la denominación “piqueteros” fue utilizada por primera vez para referirse despectivamente a uno de los grupos de manifestantes (Schuster y Pereyra, 2001).

Estas movilizaciones no llevaron a que las tesis predominantes en el debate sociológico fueran revisadas. Las puebladas y cortes de ruta de mediados de los noventa se interpretaron desde una clave similar a las movilizaciones de los años ochenta: como episodios de furia con escasa articulación, que expresaban una extendida apatía política y un profundo desprecio a la dirigencia sindical y partidaria (Martuccelli y Svampa, 1997, Farinetti, 1999). Por su parte, Merklen (2000, p. 81) interpretaba que, en el conurbano bonaerense, las organizaciones territoriales expresaban una instrumentalización de la política que denominó como “lógica del cazador”, que se oponía, para él, a la “construcción de la nación” en “el sentido clásico de la política”.

A partir de 2000, cuando las movilizaciones piqueteras comenzaron a multiplicarse y a expresarse en la zona metropolitana de Buenos Aires y otras grandes ciudades del país, se observaron cambios en la conceptualización de estos procesos, desde enfoques que subrayaron su potencial para renovar la matriz societal del conflicto (Lozano, 2001; Scribano y Schuster, 2001; Schuster y Pereyra, 2001; *et al*) A pesar del tono épico de estos análisis, el enfoque de la acción colectiva continuó teniendo amplia relevancia y la racionalidad se siguió considerando como clave explicativa de estos procesos (Schuster *et al*, 2006). Ya en 2004 —en un contexto en el que la movilización piquetera estaba en retroceso— volvió a ganar centralidad la interpretación desencantada que llevó a recuperar las tesis de la apatía y la desafiliación de los años noventa, en particular, la “lógica del cazador” de Denis Merklen (2004, 2005).

De este modo, el debate alternó entre posturas épicas y desencantadas para interpretar la politización de las organizaciones territoriales y dar cuenta de lo que sus dirigentes llamaron “modelo comunitario”. Lo paradójico de este desacuerdo es que estuvo basado en una conceptualización similar de la movilización que es el enfoque de la acción colectiva. Esta mirada llevó a reificar los procesos en función de las demandas y las identidades colectivas que se expresan públicamente, a las que se asumen como expresión de intenciones y racionalidades (Cross, 2007).

En este texto, en cambio, propongo partir del enfoque thompsoniano que postula que la clase “queda dibujada según la manera como los hombres y las mujeres viven sus relaciones de producción y según la experiencia de sus situaciones determinadas, dentro del ‘conjunto de sus relaciones sociales’, con la cultura y las esperanzas que se le han transmitido, y según como estos ponen en práctica esas experiencias” (Thompson, 1991:30). En este marco, pierde sentido recortar las luchas sociales como episodios aislados, ya que esta operación analítica nos puede llevar a distorsionar, no solo el suceder empírico, sino también “la textura ontológica que dota a los procesos humanos de agencialidad y capacidad transformadora” (del Valle Alcalá, 2013, pp. 264-265). Nuestra propuesta es, entonces, desplazar la mirada del paradigma de la acción al de la experiencia.

Partir del concepto de experiencia supone considerar la vida como totalidad (James, 1904² citado por Throop, 2003). Como ha señalado Mattingly (1998), la experiencia está ordenada por memorias y anticipaciones y no es la mera sucesión ciega de eventos en una serie temporal lineal. Desde este enfoque, las referencias a luchas pasadas o contemporáneas que se expresan en la justificación de

.....
2 James compara la estructura de la conciencia con una corriente que baja y fluye continuamente, y en su avance transporta las corrientes submarinas y los residuos de la experiencia pasada. Otra de las metáforas que utiliza es la distinción entre los elementos de focalización y fragmentación de la conciencia, que impregnan todos los cortes de la corriente de la conciencia, como si se presentaran y desaparecieran a cada momento. La comprensión del carácter complementario entre ambas metáforas se alcanza al considerar su concepto de “experiencia pura” (ídem 1904, citado por Throop, 2003) entendida como un sentimiento no reflexivo, no verbal y preconceptual que rasga el “flujo inmediato de vida”, en términos de su despliegue indiferenciado en el campo de la inmediatez sensorial, previo a su organización en distintos contenidos, formas y estructuras.

prácticas organizativas y en la explicitación de las demandas se interpretan como un tipo de recurso específico: la construcción de una trama que hace inteligibles los aspectos deseantes que empujan la expresión pública de las luchas sociales. La síntesis temporal y la percepción actual de sí tiene lugar mediante el concepto de *huellas*, que permiten articular tradición (mismidad) y compromiso futuro (ipseidad) en la narración (Ricoeur, 2006). La mera existencia de las huellas, que siempre están en el presente, depende del pensamiento que las interpreta (Ibid.), de ahí que estas narraciones no pueden pretenderse más o menos auténticas que cualquier otro set de prácticas socialmente organizadas (Atkinson y Silverman, 1997). Desde este enfoque, abordaremos las huellas de las luchas contra la dictadura en la movilización piquetera en el conurbano bonaerense.

Asentamientos y modelo comunitario (1986-1998)

Las CEB que promovieron las tomas de 1981 fueron organizadas por el Obispado de Quilmes. Este fue creado en 1976 con jurisdicción sobre el partido bonaerense del mismo nombre, Berazategui y Florencia Varela, y se destacó por su posición activa en la defensa de los derechos humanos durante la dictadura y por favorecer la participación comunitaria. En relación con esto último, cobró particular importancia la creación de la parroquia Nuestra Señora de Itatí, a cargo del presbítero Raúl Berardo, quien, al recuperar las prácticas de movilización de sectores laicos que había instrumentado en Avellaneda, a fines de los sesenta, alentó la creación de dichas comunidades (Mallimacci y otros, 2006).

De acuerdo con sus promotores, las CEB buscaban construir un espacio de compromiso social y de militancia política vinculado con una concepción desde la cual la pobreza no era un problema moral, sino una cuestión política (Gutiérrez Merino, 1983). Algunas estimaciones señalan que para 1980 había cerca de 1000 personas movilizadas por las 300 CEB establecidas en el Obispado de Quilmes (Vommaro, 2007).

Estas comunidades agrupaban bajo la coordinación de un animador o animadora, rol que podía ser desempeñado por personas que participaran activamente en la vida litúrgica y de acciones solidarias y misioneras. También, se requería que no estuvieran divorciadas o en concubinato, que contaran con el apoyo de su cónyuge (si habían contraído matrimonio) y no tuvieran militancia política partidaria. Su actividad se orientaba a encontrar, junto a la comunidad, soluciones para situaciones de padecimiento vinculadas con la pobreza. Para detectar estas necesidades se realizaban censos y asambleas que permitían identificar e involucrar a las familias (Valdivieso y Silva, 2002).

El éxito de las tomas de Solano hizo que la Parroquia Nuestra Señora de Itatí se convirtiera en un sitio de referencia para las CEB de distintas diócesis, lo cual favorecía la transmisión de aprendizajes entre ellas (Nardin, 2019). Así lo expresaba uno de los principales dirigentes de las CEB de Matanza, en una nota que le realizaron en 2002:

Si vas al archivo, vas a ver que somos tapa de los diarios el 18 de marzo de 1986. [Ese día] Culminamos un proceso de tomas que empezaron el 6 de enero del 86, en mi barrio, y concluyeron entonces. [...]. En el 85 hubo grandes inundaciones, fue un año

tremendo de inundaciones. En un barrio que se llama La Reserva las casas quedaron todas tapadas por el agua, la gente solo tenía el techo para subirse, fue un desastre. [...] En las comunidades eclesiales de base nos mandaban a capacitarnos a Quilmes, con los curas que armaron todas las grandes tomas de los ochenta. [...] Se ve que a eso lo estuvimos incubando durante tres o cuatro años, hasta que lo hicimos nosotros. (Luis D' Elía, "La autoridad te la da un proceso de construcción", entrevista realizada por Laura Vales, *Página/12*, 19 de agosto de 2002)

En La Matanza, las CEB fueron impulsadas por el Patronato Español de la Orden de los Salesianos, fundamentalmente, desde la parroquia del Sagrado Corazón. En uno de estos grupos participaban Luis D'Elía y Juan José Cantiello, el primero como "animador", el otro como sacerdote. En esa calidad, se capacitaron con las CEB de Itatí, lo que a la larga les permitió adquirir un rol protagónico en la toma de tierras que tuvo lugar en 1986 en la intersección de las localidades de Isidro Casanova, Laferrere y Virrey del Pino. Dicha toma permitió la conformación de los barrios El Tambo y El Privado.

Durante las primeras semanas, las familias custodiaban sus terrenos, vivían en carpas hechas de nylon, comían en ollas populares y participaban de una asamblea diaria en la que se informaban las novedades. Las carpas se disponían en lotes que asignaban la comisión organizadora, que luego pasaba a relevar las necesidades familiares a través de un censo que permitía establecer la cantidad de integrantes del hogar y la situación socioeconómica en la que se encontraban. Esta comisión se ocupaba de relocalizar a quienes se habían instalado en zonas reservadas para la construcción de calles y avenidas, lugares de esparcimiento, la escuela y el centro de salud (Cross, 2008).

Esta suerte de planificación urbana era una de las características que distinguía a estos asentamientos de las tradicionales villas de emergencia. En el caso de La Matanza, la viabilidad de la planificación fue relativa: si bien la toma se había organizado para un grupo de residentes del barrio "La Reserva", que sufrieron las inundaciones producto del desborde del arroyo Mario, la cantidad de personas movilizadas excedió ampliamente las expectativas. La noticia de que iba a haber una toma se difundió de boca en boca y un proceso pensado para asentar a 200 familias en 60 hectáreas, involucró a 4 000 distribuidas en 180 hectáreas. Esto llevó a que, además de las tierras fiscales que tenían previsto ocupar, se avanzara sobre terrenos privados, lo cual exacerbó la violencia de los intentos de desalojo. Así, en el proceso hubo "muertos y heridos, enfrentamientos con la policía y los servicios de inteligencia, conflictos con los barrios residenciales, y solidaridad de las villas" (Merklen, 1991, p. 20).

Una vez establecido el asentamiento, la unidad organizativa era la manzana, que permitía la elección de delegados/as y sub-delegados/as ante la Comisión Interna de cada barrio. Las Comisiones Internas, por su parte, elegían representantes ante la Comisión Coordinadora. Ambas instancias tenían ámbitos de competencia diferenciados, la primera, se ocupaba de las cuestiones locales, mientras que la otra llevaba a cabo las negociaciones ante las autoridades gubernamentales. Quienes se desempeñaban como delegados/as o subdelegados/as debían acreditar ciertos atributos que recuerdan las que imponían las CEB a sus animadores/as: ser jefes/as de familia, vivir en forma permanente en el barrio, dar ejemplo de conducta y ser

capaces de escuchar, comprender, resolver problemas. Su rol era entendido como servicio y como una ocupación de tiempo completo (Calvo, 2003).

La continuidad de este modelo se extendió por varios años y las Comisiones Coordinadoras se agruparon en cooperativas, la más significativa de las cuales fue Unión Solidaridad y Organización (USO), presidida por Luis D'Elía.

Las articulaciones entre la zona oeste y sur del conurbano también se mantuvieron vigentes, merced a los profundos vínculos de sus líderes. En este marco, en 1988 impulsaron un Congreso de Desocupados en Villa Carlos Paz, en el que participaron representantes de Cooperativa USO (La Matanza), el Tala (Solano) la Unión de Desocupados de Córdoba y la Asociación de Entidades de Vivienda y Servicios (Asevis) de Mendoza. Las diferencias políticas impidieron que la iniciativa llegara a plasmarse en acciones coordinadas, pero la preocupación por organizar y movilizar a las familias afectadas por la creciente precariedad laboral continuó teniendo vigencia en estos sectores.

En los sindicatos, la preocupación por organizar y representar a quienes habían perdido sus empleos se plasmó en el Documento de Burzaco, de 1992, a instancias de gremios estatales y docentes que estaban en abierta oposición al rumbo que había adquirido el gobierno peronista de Carlos Menem (1989-1995). En dicho documento se señalaba que el movimiento obrero también estaba integrado por quienes habían perdido su empleo, se habían jubilado o desarrollaban actividades por cuenta propia, siempre que no emplearan a otras personas. Estas y otras diferencias con la cúpula de la Confederación General del Trabajo (CGT) los llevaron a fundar, poco después, la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA).

En una entrevista que le realizaron en 2001 a Víctor De Gennaro, Secretario General de la CTA, daba cuenta de los criterios sobre los que se apoyaba esta conceptualización del movimiento obrero. Según contaba, Martínez de Hoz había sido “la expresión más lúcida” de la elite golpista porque había “quebrado a la clase trabajadora”, primero con el genocidio y luego con la desindustrialización. Con la vuelta de la democracia, seguía explicando, el movimiento obrero se había encontrado con que “de la clase trabajadora, el 72% era precario, había dos millones de desocupados, había una nueva crisis producida por la falta de trabajo estable”. Por eso, “el nuevo lugar donde los trabajadores nos nucleamos, donde estamos todos los días, es el barrio” esta definición se sintetizó en el eslogan “la nueva fábrica es el barrio”³ que caracterizó a la central.

A partir de esta definición, las instancias de articulación entre los sindicatos afiliados a CTA y las organizaciones territoriales se fueron ampliando. En 1995, la Central organizó un “Encuentro Nacional de Desocupados” que se llevó a cabo en Neuquén y contó con la presencia de 200 organizaciones representativas del sector, la Cooperativa USO entre ellas. Luego de este encuentro, Víctor De Gennaro se

.....
3 Ceceña, A. E. (2001). El Nuevo Pensamiento y la transformación de la lucha en Argentina. Entrevista con Víctor De Gennaro. *Revista Chiapas* / recuperado de <https://chiapas.iiec.unam.mx/No11-PDF/ch11ceceña.pdf>

reunió con D'Elía y Cantiello para planificar un evento de similares características en el conurbano bonaerense. Este encuentro se llevó a cabo en 1997 con la presencia de 200 delegados de todo el país, como veremos más adelante.

También en 1995 se conformó la Comisión de Desocupados de la Matanza integrada por las delegaciones locales del Frente País Solidario (Frepasso), la CTA y representantes del Partido Obrero (PO), el Partido de los Trabajadores y el Pueblo (PTP) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR). Al año siguiente, en mayo de 1996, las juntas vecinales de los barrios M. Elena y Villa Unión organizaron una olla popular en la plaza de San Justo con una importante participación de mujeres. En esa oportunidad, Mary Sánchez —dirigente de la Confederación de Trabajadores de la Educación (Ctera) — y Juan Carlos Alderete (vinculado al PCR y dirigente territorial del barrio M. Elena) negociaron con Alberto Pierri, intendente de La Matanza, el otorgamiento de “ayuda alimentaria” para estas juntas vecinales.

Las articulaciones entre expresiones sindicales, territoriales y partidarias ponen en duda la contraposición entre nuevos movimientos sociales y actores corporativos que se había hecho una década antes. Un aspecto relevante para entender esta convergencia son las profundas transformaciones sociales que se expresaron en la década del noventa.

A partir de 1993, la Población Económicamente Activa (PEA) creció casi en forma permanente y el desempleo alcanzó dos dígitos por primera vez desde los años treinta. Ese indicador señalaba transformaciones de los modos de vida que trascendieron esa década y que también se expresaron en la movilización política (Cross, 2012). Las más relevantes a los fines de este artículo son tres. Primero, disminuyeron los hogares que contaban con un solo integrante en la PEA. La precariedad laboral creciente, la caída casi constante de los salarios reales (tomando como base el año 1974) y la creciente participación de las mujeres en el trabajo contribuían a explicar esta situación (Beccaria, 2002). Segundo, en los noventa, se incrementó en forma significativa la población subocupada demandante. Esto implicaba que las “changas” dejaran de ser una alternativa de refugio entre empleos, para ser parte de la realidad cotidiana para un porcentaje mayor de trabajadores y trabajadoras. Tercero, y en estrecha vinculación con los otros dos puntos, la diversificación de fuentes de ingreso en los hogares impedía caracterizarlos como formales o informales, ya que podían caer en ambas categorías a la vez. De allí que la convergencia de los intereses de las distintas categorías ocupacionales no fuera solo de carácter político-ideológico (Cross, 2012).

Por otra parte, la segregación territorial, comenzada en los ochenta, se profundizó en los noventa con la proliferación de urbanizaciones cerradas reservadas a sectores de mayor poder adquisitivo. Esta fractura entre grupos asalariados se expresó en el rechazo a la política, desacreditada por igual entre quienes percibían los mayores y los menores ingresos (Svampa, 2002).

Sin embargo, algunos grupos sostenían que el rechazo no era a la política como tal, sino a lo que llamaban “modelo neoliberal”. La lectura de De Gennaro, que vinculaba la precarización laboral y el terrorismo de estado con las dificultades de partidos y sindicatos para dar cuenta de la heterogeneidad social emergente

de esos procesos, es un ejemplo de esta distinción. Su lectura, compartida con un sector amplio de la dirigencia social y gremial de los noventa, lo lleva a pensar la referencia territorial como una oportunidad, no solo de reconstruir los puentes entre sectores asalariados y no asalariados, sino de ensayar nuevas representaciones sociales.

La Red de Barrios

En 1997 tuvo lugar el “Encuentro de Desocupados por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat” en el barrio “El Tambo”, a instancias del acuerdo alcanzado en Neuquén en 1995. Este evento sentó las bases para una articulación formal entre las organizaciones territoriales de La Matanza y la CTA. Así me lo contó Juan José Cantiello en una entrevista que le hice en 2004:

El tema de la Red de Barrios fue así: a mediados de los noventa hicimos una cosa muy interesante que fue un arreglo entre barrios, así fue como lo armamos o cómo se fue gestando, con gente de algunos gremios de CTA, con alguien del Frente Grande, con organizaciones sociales y las comunidades de base. Desde el 95 fuimos charlándolo, adaptándolo y llegó un momento, en el 97, que hicimos una asamblea, cerca de 200 personas eran y Luis (D’Elía) era un poco el que lideraba todo eso. Entonces, se hace la asamblea y se plantean cuáles son los problemas de la gente que venían de más o menos 14 o 16 barrios. Y surgen tres problemas como más importantes, uno es la falta de trabajo, otro es la alimentación, y el otro, el tema de la salud y los remedios. Ahí la asamblea propone hacer un censo, era media hoja oficio para poder ir a buscar a los vecinos a su casa y conectarlos a partir de su necesidad [...] Llegamos a hacer 5 000 censos, de estos, para redondear, 3 500 no tenían trabajo y eso se convirtió en el eje de trabajo para la Red y vino todo el tema del debate por la aceptación de los planes. (Entrevista a Juan José Cantiello, Ciudad de Buenos Aires, 10 de mayo de 2004)

Como señalaba Cantiello, la Red se estructuró como un acuerdo entre actores políticos locales, no obstante, rescataba las prácticas características de las CEB. Conforme a ese modelo organizativo, el primer paso fue identificar las necesidades concretas y a las personas que las padecían. Que el eje de trabajo de la Red fuera la demanda de trabajo, trajo conflictos en el plano local a los que se alude como “el debate por la aceptación de los planes”.

Se les llamaba *plan* a los subsidios al desempleo con contraprestación laboral, asignados a través de programas como el Trabajar. Estos programas, que se habían lanzado para contener el conflicto desatado por la privatización de Yacimiento Petrolíferos Fiscales (YPF), asignaban el equivalente a medio salario mínimo, vital y móvil, a cambio de cuatro horas de trabajo. En la medida en que estos programas se utilizaban como herramienta de contención del conflicto, cierto sector de la dirigencia interpretaba que era necesario poner en marcha un dispositivo similar al de las localidades petroleras que garantizara un corte de ruta por tiempo indeterminado. Para otro sector, en cambio, era inadmisibles aceptar la contraprestación laboral, que profundizaba la precariedad laboral contra la que luchaban. La dirigencia de la Red de Barrios se encontraba en el primer grupo, porque confiaba en su capacidad de convertir los recursos en “herramienta de construcción política” (Cross, 2007).

En ese marco, el 18 de julio de 1998, se fundó la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) de la CTA, con el propósito de convocar a organizaciones territoriales en sentido amplio e incluir a organizaciones campesinas, indígenas, de inquilinos/as y ocupantes ilegales de viviendas y de tomadores/as de tierra. Cuando Luis D’Elía fue elegido como máximo dirigente de la FTV, se reeditó el debate por la aceptación de los planes y esto llevó a una ponderación de la problemática del desempleo como eje principal de lucha y al abandono del espacio por parte de algunos sectores (Cross, 2007).

Más allá de que el debate se haya caracterizado como “aceptación de los planes”, estos no habían sido ofrecidos a la Red de Barrios o a la FTV. Los programas como el Trabajar estaban pensados para contener el conflicto, por lo que *aceptarlos* implicaba, de hecho, adoptar “una medida que llamara la atención”, lograr que las autoridades recibieran sus pedidos, como señaló Cantiello en una nota al diario *Clarín* en 2002⁴. La decisión de la asamblea fue llevar a cabo un piquete y emular, así, las luchas de los pueblos petroleros. En este sentido, es interesante resaltar que la continuidad entre la situación de esa localidad petrolera y la de la Red de Barrios estaba lejos de ser evidente.

En los volantes que convocan a la movilización en 1998 constaba que el slogan elegido había sido “paremos el genocidio”, en referencia al crecimiento de la pobreza y desempleo, que apelaba a sostener la continuidad entre la situación social vigente y la dictadura. Para hacer frente a esta situación se demandaba “ropa, trabajo, alimentos y viviendas dignas”⁵. Al incluir el tema de la vivienda en la enumeración se expresan, no solo las necesidades evidenciadas en el censo, sino la continuidad de la lucha actual y la de los ochenta.

Al mismo tiempo, la Junta Vecinal del Barrio María Elena se había integrado a otra organización sindical opositora a la CGT, la Corriente Clasista y Combativa (CCC). En el año 1998 se llevó a cabo el “Primer Plenario Nacional de Desocupados” a partir del cual tuvo lugar una redefinición del sector social representado por la Corriente al reformularse la definición de “movimiento obrero”. En este marco, los/as dirigentes de la CCC establecieron que este movimiento tenía tres afluentes: trabajadores ocupados, jubilados y desocupados, y se configuró un “Sector”, en tanto estructura organizativa, para cada uno de ellos (Manzano, 2007).

Ambos grupos decidieron llevar, cada uno por su cuenta, el primer piquete en el oeste del conurbano bonaerense en 1998. Así fue caracterizado este día en una crónica del año 2002:

Según refieren los protagonistas, los grandes piquetes desarrollados en La Matanza en los años 2002 y 2001 tienen como antecedentes dos acontecimientos: la toma de la Iglesia del Sagrado Corazón por parte de los asentados organizados en la FTV, y el corte de la Ruta 3, realizado por un grupo de la CCC del lugar. Ambos hechos ocurren el mismo día y por motivos coincidentes, sin embargo, la metodología empleada era diferente. Las tropas de la Infantería actuaron contra los manifestantes

4 Piqueteros: los cortes de ruta y el clima de violencia (26 de septiembre de 2002). *Clarín*.

5 Fuente: Notas sobre volantes y comunicados de prensa del archivo personal de Marcelo Coria, dirigente distrital de la FTV.

que cortaban la Ruta 3, hubo represión y el corte terminó sin lograr los objetivos propuestos. El grupo encerrado en la iglesia tuvo mejor suerte pues el párroco se opuso a entregarlos a la policía. Estuvieron 24 días en la iglesia, después de muchas y variadas gestiones y caminatas y marchas al Ministerio de Trabajo, al Ministerio de Acción Social, al Ministerio de Salud, etc., pudieron lograrse algunos acuerdos. (Raubert, I. (1 de noviembre de 2002). Cerrar el paso abriendo caminos. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/active/2927>)

En este relato se subraya la significatividad de la ocupación del Sagrado Corazón como primer gesto de una nueva etapa para estas organizaciones territoriales configuradas en las tomas de los ochenta. En este contexto, la Red de Barrios logra producir un evento que la posiciona como una referencia del descontento de los sectores populares en el oeste del conurbano bonaerense en relación la falta de empleo y la pobreza. Pero para hacerlo, se sirve de los recursos y la legitimidad de los dirigentes territoriales conformados como tales en las tomas de los ochenta.

La apuesta era sostener el piquete hasta que las autoridades provinciales se avinieran a atender la situación de las 3 500 familias que no contaban con ningún ingreso. Muchas de ellas dependían de los comedores de la Red para alimentarse. La expectativa era hacer pública esa situación mediante el corte de la ruta por tiempo indeterminado para llevar a cabo ollas populares. Eligieron hacerlo frente al Sagrado Corazón para poder contar con baños y un lugar en el que guardar lo necesario para preparar almuerzo y cena y el mate cocido de la mañana y la tarde. También, habían previsto organizar carpas y una asamblea diaria para evaluar la situación, como en la toma. Sin embargo, al llegar, notaron que la policía se había desplegado en la ruta y se decidieron a “tomar” el Sagrado Corazón⁶. Por su parte, el corte organizado para el mismo día por la Junta Vecinal del Barrio María Elena, liderada por Juan Carlos Alderete, fue desalojado en pocos minutos.

El párroco era Enrique Lapadula, antiguo amigo de Cantiello y D’Elía y “se opuso a entregar” a los y las manifestantes a pesar de las presiones recibidas⁷. Las autoridades aceptaron recibir a las y los manifestantes y entonces, no solo presentaron el pliego de demandas, sino los 5 000 censos que daban cuenta del alcance del trabajo territorial de la Red. Después de largas gestiones, se acordó el envío de 10 000 kilos de alimentos mensuales, hasta el final del mandato del gobernador Eduardo Duhalde en 1999.

El éxito alcanzado en esta primera experiencia también les permitió ampliar las articulaciones con el Sector liderado por Juan Carlos Alderete, con quienes trabajaron en varias acciones hasta concretar el primer piquete en el año 2000. Así me lo contó D’Elía en una entrevista que le hice en 2004:

6 Piqueteros: los cortes de ruta y el clima de violencia (26 de septiembre de 2002). *Clarín*,

7 Ver: Vales, L. (19 de agosto de 2002). La autoridad te la da un proceso de construcción. *Página 12*.

Nosotros tardamos, no sé, el primer piquete con Alderete, no sé, 90 días hasta hablar en los barrios, hablar con los dirigentes, planificar hasta el último detalle. La verdad que llegamos, fue un éxito porque llegamos con un grado de fortaleza inmenso. El primer piquete grande de La Matanza fue en octubre, noviembre de 2000, del 30 de octubre al 6 de noviembre, seis días, por lo que fue conmovedor. Era la primera vez que aparecía un grupo muy organizado a 20 kilómetros de La Rosada. O sea, hasta ese momento era todo allá lejos, Tartagal, Mosconi, Cutral Có. [...] Además, los de las tomas eran tipos duros que no solo te podían cortar las rutas, por eso aparece un elemento nuevo, que son las carpas, las ollas populares; gente dispuesta a quedarse mucho tiempo, ¿me entendés? La toma de tierras; el primer año de la toma de tierras es muy difícil y los primeros meses ni te cuento. Entonces, se repetía el esquema de los primeros días de toma de tierras. (Entrevista a Luis D’Elía, Ciudad de Buenos Aires, 8 de abril 2004).

En esta evocación, los primeros piquetes de La Matanza se ponen en continuidad con las luchas antecedentes, como las tomas, y con otras contemporáneas, como las puebladas y piquetes de Tartagal, Plaza Huincul o Mosconi. Las huellas de esas luchas dotan de un sentido particular a esos cortes, no solo por el dónde ocurren, sino por el modo en que son llevados a cabo. Estos piquetes se presentan como continuidad de las prácticas de las tomas, pero también de los repertorios desarrollados por los pueblos petroleros.

Esta trama que establece la continuidad entre experiencias es una metabolización poética en el sentido de que no se acota a sus vínculos materiales, ni a las condiciones estructurales que justificaban la presencia de los y las manifestantes en la ruta. La necesidad de expresar públicamente la propia existencia, la convicción de que las demandas que alentaban eran legítimas no se puede separar de estas evocaciones ni del compromiso, en el sentido de ser capaces de resistir, permanecer hasta tanto sus pedidos fueran escuchados. En esta evocación, mismidad e ipseidad, memoria y compromiso, permite expresar los alcances de esa lucha. Estas particularidades fueron recobradas, también, en las crónicas de la época:

Frente a la carpa del barrio El Tambo, las mujeres amasan. Para ellas no es nuevo vivir en una carpa, o construir habitaciones sobre la tierra a fuerza de juntar madera y chapa. El Tambo es un asentamiento en el que se ‘sufre mucha miseria’, pero que se levantó a fuerza de ‘unión, solidaridad y organización’. Así se llama el centro comunitario que se organizó hace 26 años, cuando empezaron a levantarse las primeras casas. Ahora las tierras les pertenecen y hay una escuela que atienden las vecinas, en la que comen y meriendan más de 800 chicos. ‘Si las tierras las ganamos luchando, así conseguiremos el trabajo’ (Dillon, M. (25 de mayo de 2001). Piqueteras: Cortar La Ruta. *Página 12*.)

En esta crónica se pone de manifiesto que la continuidad entre toma y piquete formaba parte de la trama colectiva acerca del significado de estas experiencias en los primeros cortes. La vida para estas mujeres (y para sus compañeros varones también) era un flujo permanente de experiencias de “lucha” que, a fuerza de ser repetidas, se habían convertido en una de las expresiones de lo cotidiano. Este flujo constante de la vida se traslada de la toma al barrio, del barrio a la ruta, pero no se interrumpe. En este sentido, en el espacio comunitario puede pensarse como continuidad irreductible a la oposición entre lo público y lo privado (Cross y Ullivarri, 2015). Como hemos visto, otras interpretaciones sostienen en esta indetermina-

ción sus hipótesis acerca de la escasa productividad política de estas experiencias (Merklen, 2005).

Luego del corte de 2001, que se llevó a cabo en mayo por el incumplimiento de las autoridades con el acuerdo suscrito en noviembre de 2000, las figuras de Luis D'Elía y Juan Carlos Alderete adquirieron relevancia nacional. El 24 de julio de 2001 la Asamblea Nacional de Organizaciones Territoriales y de Desocupados, que se realizó en el Sagrado Corazón, con 2 000 delegados/as de todo el país los designó como sus principales voceros.

La memoria como *poiesis* y sustrato de las luchas sociales

En abril de 2004 le hice una entrevista a Luis D'Elía en un bar de la avenida Córdoba. Me recibió porque le dije que había leído el libro de Merklen sobre las tomas en La Matanza y quería hacer mi tesis de maestría continuando ese relato y dar cuenta de la centralidad de la Cooperativa USO en la FTV. Fue el primero de muchos encuentros en los que siempre se mostró generoso y ávido de contar las vicisitudes que lo habían llevado a ser uno de los dirigentes sociales más importantes del momento. La FTV era una agrupación de alcance nacional y había llegado a tener 160 000 personas afiliadas en todo el país.

En un momento de la charla yo le pregunté por qué pensaba que la CTA se había volcado a la movilización de personas desocupadas. Me miró sorprendido, abrió grande los ojos, suspiró y me dijo: “Es una historia de 30 años, llegamos a la Central con un recorrido muy largo... nos formaron curas de los setenta, fuimos tomadores de tierra en los ochenta y desocupados en los noventa”. Luego, mientras sonreía ante mi desconcierto, continuó:

Mirá, si no hubiese [habido] Comunidad Eclesial de Base, no hubiese habido Cooperativa USO, y si no hubiese habido Cooperativa USO, no hubiese habido FTV. Yo agregaría a estas organizaciones a algunas más, la del barrio El Tala en Solano o María Elena en Matanza. Son organizaciones muy fundacionales de todo [que] estuvieron perseguidas en los setenta por tener una fuerte actividad con las comunidades eclesiales de base. Y, además, hay una relación ¿no? entre la toma de Solano, un aporte técnico y demás, a la toma de El Tambo y de El Privado [Nosotros] en los ochenta íbamos a formarnos con los tomadores de tierra de Solano, que también venían de la misma práctica territorial. (Entrevista a Luis D'Elía, Ciudad de Buenos Aires, 8 de abril 2004)

En línea con las interpretaciones de la época, mi pregunta se orientaba a reconstruir las decisiones estratégicas detrás de la articulación de una agrupación nacional, la FTV, que había concentrado buena parte de la iniciativa política en la lucha contra el régimen de convertibilidad. La respuesta de D'Elía abría, en cambio, el camino a interpretaciones en las que las demandas o “los ejes de lucha”, para retomar una categoría nativa, señalaban apenas etapas en los procesos de movilización popular pensados como continuidad.

La trama que propone el dirigente lleva a comprender que si la dictadura cívico militar genocida (1976-1983) fue la causa eficiente del régimen de acumulación vigente en los noventa, los dispositivos organizativos que enfrentaban este régimen también habían sido configurados en la resistencia al terrorismo de estado.

La movilización piquetera en el conurbano bonaerense constituye, en este sentido, la articulación de experiencias antecedentes y contemporáneas que permiten la expresión de sectores tradicionalmente excluidos de la representación sindical y de la interlocución con el Estado. En ese proceso, la toma del Sagrado Corazón es un momento fundante, “el momento preciso en el que el tomador de tierras se hizo piquetero”, como señalaba Mendelevich en una nota que le hizo a D'Elía.

Lo paradójico de esta afirmación es que este evento fue el resultado de un piquete sobre Ruta 3 que no se pudo sostener, debido a las amenazas represivas de las fuerzas de seguridad y que, además, la ocupación del Santuario no fue una toma en sentido estricto. El momento en que el tomador se convirtió en piquetero no hubo ni toma, ni piquete. Sin embargo, en este marco confluyen, tanto la potencia del modelo comunitario que se había desarrollado durante casi 30 años, como las continuidades ideales con las experiencias de las localidades petroleras.

Si nos atrevemos a desnaturalizar las narrativas sobre este proceso es fácil advertir que no existe una continuidad lineal entre la situación de los pueblos petroleros y la de las barriadas bonaerenses. Tampoco parecía posible sostener que el desempleo y la precariedad laboral podían por sí mismos ser *causa* de un proceso de movilización y organización de rango nacional, de hecho, conceptos como “desafiliación” anticipaban exactamente lo contrario (cfr. Merklen, 2000).

Por eso, considero que esta trama, que expresa las huellas de otras luchas en la movilización piquetera bonaerense, constituye una metabolización poética “incompatible con nociones estructuralistas y deterministas de la acción social” (del Valle Alcalá, 2013, p. 267). Desde el enfoque de la experiencia, en cambio, estos recorridos son compatibles con una concepción de la clase como relación social en la que agencialidad y capacidad transformadora de la acción humana se expresan en toda su potencia poética.

Bibliografía

- Andújar, A. (2005). “De la Ruta no nos vamos”: Las mujeres piqueteras (1996-2001). X Jornadas Interescuelas. Recuperado de <http://www.monografias.com/trabajos31/mujeres-piqueteras-no-abandonan-rutas/mujeres-piqueteras-no-abandonan-rutas.pdf>
- Andújar, A. (2007). Pariendo resistencias: las piqueteras. Cutral C6 y Plaza Huincul, 1996 en M. Bravo; F. Gil Lozano y V. Pita (comps.), *Historias de luchas, resistencia y representaciones: Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX* (pp. 151-181). San Miguel de Tucumán: Edunt. .
- Atkinson, P. y Silverman, D. (1997). Kundera's Immortality: The Interview Society and the invention of the Self. *Qualitative Inquiry*, 3(3), 304-325.
- Beccaria, L. (2002). Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del Siglo XX. En G. Kessler *et al*, *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los '90* (pp. 27-54). Buenos Aires: Biblos.

Calvo, D. (2003). *Organización política auto-referenciada en sectores populares. El caso de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat*. En publicación: Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas Clacso. Buenos Aires, Argentina. 2003.

Cross, C. (2007). Los procesos de organización colectiva y la construcción de las demandas: reflexiones a partir del estudio de una organización piquetera en el período 2002-2005. *Runa. Archivos para las Ciencias del Hombre*, 7(1), 7-22.

Cross, C. (2008). Las huellas de las tomas: La articulación de la experiencia en procesos de asentamiento en el conurbano bonaerense. *Margen*, 51. Recuperado de <https://www.margen.org/suscri/margen51/cross.html>

Cross, C. (2012). Mercado de trabajo, vulnerabilidad social y movilización política en Buenos Aires (1998-2008). *Ensayos de Economía*; 22, 153-174.

Cross, C. y Ullivarri, M. (2015). Mujeres pobres y cuestión social: Buenos Aires y Tucumán en épocas de desocupación. *Papeles de Trabajo*, 29, 20-35.

del Valle Alcalá, R. (2013). E.P. Thompson y la ontología de lo múltiple: una breve invitación deleuziana. *Rey Desnudo*, 3, 264-271.

Farinetti, M. (1999). ¿Qué queda del movimiento obrero? *Revista Trabajo y Sociedad*, 1(1). Recuperado de <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/Zmarina.htm>

Fernández, A. (1991). *Movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Aique.

Gutiérrez Merino, G. (1983). Teología a partir del reverso de la historia. En *La Fuerza Histórica de los Pobres*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.

James, W. (1904). A World of Pure Experience. *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 1(20/21) (citado por Throop, 2003).

Jelín, E. (1985). Otros silencios, otras voces. El tiempo de la democratización en la Argentina. En F. Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis* (p. 21). México: UNU, Clacso, Iisunam.

Jelin, E. (1991). Cotidianidad y cultura popular. *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología*, 13, 1998-1991, 275-282.

Lozano, C. (2001). Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea. *OSAL*, 5, 5-10.

Mallimaci, F., Donatello, L. y Cucchetti, H. (2006). Religión y Política: discursos sobre el trabajo en la Argentina del Siglo XX. *Revista Estudios Sociológicos*, 24(71), 423-450.

Manzano, V. (2007). *De La Matanza obrera a capital nacional del piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social* (tesis doctoral). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1031>

Martuccelli, D. y Svampa, M. (1997). *La Plaza Vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires: Losada.

Mattingly, C. (1998). *Healing Dramas and Clinical Plots: The Narrative Structures of Experience*. Cambridge: Cambridge University Press.

Merklen, D. (1991). *Asentamientos de La Matanza: La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos.

Merklen, D. (2000). Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre la so-

ciabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90. En M. Svampa (ed.), *Desde abajo: La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.

Merklen, D. (2004). Sobre la base territorial de la movilización popular y sobre sus huellas en la acción. *Laboratorio: revista de estudios sobre cambio estructural y desigualdad social*, 16, 46-53.

Merklen, D. (2005). *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática: (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

Nardin, S. (2018). Viejas y nuevas tomas de tierras. Controversias en torno a la acción directa en asentamientos informales de la periferia de Buenos Aires. *O Social em Questão*, 42, 143-168.

Nardin, S. (2019). Crear nuevas vidas, crear nuevos barrios: Memorias y transmisión generacional sobre ocupaciones de tierras en San Francisco Solano (sur del Gran Buenos Aires). *Revista de Direito da Cidade*, 11(4), 29-56.

Rauber, I. (1 de noviembre de 2002). Cerrar el paso abriendo caminos. En *Argentina Piquetes y Piqueteros en la Argentina de la Crisis, América Latina en Movimiento*, Agencia Latinoamericana de Información. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/active/2927>

Ricœur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios* (Primera edición en francés, 2004). México: FCE.

Schuster F. y Pereyra S. (2001). La protesta social en la Argentina democrática. En N. Giarraca y K. Bidaseca (comps.), *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (pp. 41-63). Buenos Aires: Alianza Editorial.

Schuster, F. et al (2006). Transformaciones de la protesta social en la Argentina 1998-2003, Documento de trabajo, 48, IIGG, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Scribano, A. y Schuster, F. (2001). Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura. *OSAL*, 5, 17-22.

Svampa, M. y Pereyra, S. (2001). *Entre la Ruta y el Barrio: La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, M. (2002). Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y socialización: la integración social 'hacia arriba'. VV.AA.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los '90* (pp. 55-95). Buenos Aires: Biblos. .

Thompson, E. P. (1991). Algunas observaciones sobre clase y 'falsa conciencia'. *Historia Social*, 10, 27-32. Publicado originariamente en *Quaderni Storici*, 36, 1977.

Throop, C. J. (2003). Articulating experience. *Anthropological Theory*, 3(2), 219-241.

Valdivieso, R. G. y Carmen Silva, D. (2002). *Animadores de comunidades eclesiales de base: una promesa de corresponsabilidad laical*. Santiago de Chile: Cisoc-Bellarmino.

Vommaro, P. (2007, septiembre). *Las organizaciones sociales de base territorial y comunitaria en Quilmes: el caso de las tomas de tierra y asentamientos de 1981*. Ponencia presentada en IV Jornadas Jóvenes Investigadores Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.